

La izquierda en tres tiempos

CIDE

Emilio de Ipola 16

05.03/1

CENTRO DE DOCUMENTACION Y ESTUDIOS

ASUNCION PARAGUAY

05.03/AB

HFN-9

C O N T R I B U C I O N E S

4

DICIEMBRE 1989

LA IZQUIERDA EN TRES TIEMPOS

EMILIO DE IPOLA

C. D. E.
CENTRO DE DOCUMENTACION Y ESTUDIOS
BIBLIOTECA

149

CDE

CENTRO DE DOCUMENTACION Y ESTUDIOS

ASUNCION -- PARAGUAY

® CDE

Esta serie de *contribuciones* es editada por el Centro de Documentación y Estudios (CDE), en Asunción, Paraguay. El CDE es una organización no gubernamental (ONG) sin fines de lucro, dedicada a la documentación, investigación e información en el campo de las ciencias sociales. Las opiniones, análisis e interpretaciones que se desarrollan en estos materiales son de responsabilidad exclusiva de sus autores, y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la institución.

INDICE

	pág.
I. Introducción: viejos y nuevos topos.....	7
II. Anacrónicos, proto-modernos y modernos .	9
III. La responsabilidad de la crítica.....	18

05 SET. 1991

PRESENTACION

La serie *Contribuciones* del Centro de Documentación y Estudios (CDE) edita investigaciones generadas fuera de la institución, pero cuya divulgación es considerada importante para estimular debates más amplios sobre temas de interés para las organizaciones políticas, los movimientos sociales, la comunidad académica, el estudiantado y la ciudadanía.

El autor de este documento, Emilio de Ipola (Argentino), es Doctor en Sociología por la Universidad de París. Fue Profesor e Investigador de FLACSO México y actualmente es Profesor Titular de Sociología y Ciencias Políticas en la Universidad de Buenos Aires e Investigador Independiente del CONYCET. Es miembro fundador del Club de Cultura Socialista de Buenos Aires e integra el comité asesor de la revista *La Ciudad Futura*. Ha publicado los libros *Ideología y discurso populista*, Folios Ediciones, México, 1982 e *Investigaciones políticas*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1989. *La izquierda en tres tiempos* forma parte de este último libro.

I. INTRODUCCIÓN: VIEJOS Y NUEVOS TOPOS

Si algo caracteriza el debate actual sobre los contenidos y las perspectivas del socialismo en la Argentina es el hecho de que casi todos los que participamos en él damos por sentada una misma definición de lo que llamaré la "topología" de las opciones políticas. Esa topología es concebida de acuerdo con un enfoque vastamente lineal; como una suerte de espacio continuo en el que se ubicarían, a modo de hitos un camino ya trazado, las diversas corrientes: extrema izquierda, izquierda, centro, derecha, extrema derecha. Términos más o menos, esas denominaciones cubrirían todo el espacio político y serían encarnadas —aunque en nuestro caso con importantes distorsiones— por los diferentes partidos y organizaciones conocidas.

Ahora bien, sobre esta base, quienes nos denominamos "socialistas" buscamos lógicamente convencernos unos a otros de que la concepción propia es la única válida y la de nuestros interlocutores insanablemente errónea. Pero en ningún caso interrogamos la topología previa que posibilita y condiciona nuestro debate. Me pregunto si, por eludir esa interrogación, no eliminamos de entrada toda posibilidad de una discusión responsable. Y me pregunto sobre todo si, en tanto socialistas que no hemos renunciado, como muchos otros, a la lucidez, podemos todavía contentarnos con caracterizaciones tan claramente ineptas.

A modo de ensayo inicial, intentaré complejizar mínimamente la topología de referencia. Para ello pediré que se me conceda la inclusión de una pareja de conceptos amplia y diversamente utilizada —"anacrónico" vs "moderno"—, a la que en este caso recurriré para cortar transversalmente la tríada "izquierda", "centro" y "derecha"¹. Pido entonces que se acepten (hasta que desarrolle mis argumentos) las siguientes alternativas como posibles: izquierda anacrónica/izquierda moderna; centro anacrónico/centro moderno; derecha anacrónica/derecha moderna².

1. No se me escapa que, con relación a la forma habitual en que es pensado el espacio político, la "transgresión" que nos hemos permitido aquí es más bien tímida, puesto que conserva *grosso modo* la distribución original de las posiciones. Admito, pues, que como intento de clasificación del conjunto de las fuerzas políticas argentinas mi propuesta es muy insuficiente. Pero agrego, por una parte, que mi objetivo no es en absoluto proporcionar al lector tal clasificación y, por otra, que, de todos modos, el criterio que propongo introduce una ligera alteración en la concepción tradicional del espacio político que —a condición que se lea atentamente la nota 12— es suficiente para las necesidades de este artículo.

2. La derecha anacrónica posee varios y vistosos ejemplares: Leopoldo Bravo, Manuel de Anchorena, Guillermo Fernández Gil (sin contar los especímenes no menos pintorescos de la ultraderecha, fascista, civil y militar). La derecha moderna asoma

Antes de proseguir debo aclarar el sentido con el que utilizaré aquí, por no haber encontrado otros mejores, los términos "moderno" y "anacrónico". Es el siguiente: calificaré de "moderna" a toda corriente o partido político que en sus planteos fundamentales³ reconozca:

a) la realidad histórica y la trascendencia de la llamada "tercera revolución industrial" en los planos tecnológico, socio-económico y político;

b) la profunda y prolongada crisis por la que atraviesa la economía mundial, con sus características específicas y, en el caso de países como la Argentina, con sus efectos "potenciadores" respecto a la crisis —o, mejor dicho, el agotamiento— del modelo de acumulación vigente en ellos.

c) el carácter epocal, y no coyuntural, de la revalorización de la democracia en los países de Occidente americanos y europeos, capitalistas y socialistas;

d) la depreciación de los regímenes inspirados, durante el siglo veinte, en alguna de las grandes ideologías clásicas —por ejemplo, los regímenes socialistas del Este— y la consiguiente caducidad de dichas ideologías.

e) la emergencia de nuevos sujetos sociales y, por tanto, de nuevos ejes de conflictualidad, diferentes de los tradicionales, cualquiera sea el modo en que se defina a estos últimos;

f) la necesidad —consecuencia de los dos puntos anteriores— de redefinir en algún nuevo sentido la relación entre Estado y sociedad. Llamaré "anacrónicas" a las corrientes y partidos que ignoren alguno (s) de esos puntos —o todos (con las evidentes diferencias de matices en cada caso)⁴.

apenas en algunos atrevimientos democráticos y en el estilo político civilizado de Adelina D'Alessio de Viola y de Manuel Mora y Araujo. Ambos pertenecen a la UCD, partido realizado por el *revival* del liberalismo, pero globalmente conservador y fundamentalista. En el centro anacrónico se inscriben, entre otros, el sector balbinista de la UCR, los peronistas históricos tipo Deolindo Bittel y las 62 organizaciones (excluyo, por impredecible, al menemismo); al centro moderno, la mayoría del sector renovador del peronismo y del Movimiento de Renovación y Cambio de la UCR. De las izquierdas hablaremos abundantemente en el artículo.

3. Los "planteos fundamentales" de una fuerza política se infieren normalmente de sus tesis doctrinarias, sus declaraciones públicas y las de sus voceros calificados, sus periódicas tomas de posición frente a los acontecimientos y/o la situación del país, en fin, sus políticas concretas en caso de ser copartícipe —quiera sea en posición de minoría— del gobierno político: votos en el Parlamento, orientación de las administraciones provinciales, etcétera.

4. Me parece inútil, en efecto, hacer constar que no estoy condenado forzosamente al infierno de la anacronía a una corriente política que, por ejemplo, definiera la situación internacional en términos según los cuales algunos de los países más

Dicho esto, precisaré que, en mi opinión, una corriente o partido de *izquierda* sólo puede merecer el calificativo de *moderno* si satisface además muchas otras condiciones. En primer lugar, reiteraré que el papel histórico de la izquierda —papel en el que puede fracasar o triunfar y no “misión” ineluctable— ha sido y sigue siendo constituirse en el poder defensivo y ofensivo de los desfavorecidos, incrementar las libertades efectivas de dichos sectores, procurar obtener para ellos los derechos que hoy son privativos de los privilegiados y, en fin, buscar los medios de eliminar las injusticias de todo tipo.

Sin duda, algunos de estos objetivos, en la medida en que constituyen un patrimonio histórico del socialismo, son enarbolados también por la izquierda anacrónica. Pero en la manera de interpretarlos y de traducirlos en líneas, plataformas y medidas políticas concretas existen divergencias profundas entre aquella y la izquierda moderna. Como el objeto de este artículo no es desarrollar precisamente *estas* divergencias, sino otras, pasaré rápidamente sobre ellas antes de abordar el tema que me interesa.

La izquierda anacrónica defiende una concepción redencionista y totalizante del socialismo; se define como marxista-leninista —en las diversas variantes de esa doctrina: trotskista, maofista, etc.— y revolucionaria; es dogmática, históricamente determinista y orgánicamente autoritaria. Por otra parte, tiene la costumbre de atribuir a supuestas grandes mayorías demandas que sólo provienen de su propia ideología —y que por lo general la sociedad ignora o desaprueba. La izquierda moderna, en cambio, no sólo rechaza resueltamente esos planteos mesiánicos, sino que, además, orienta su política hacia el logro de transformaciones sustentadas en un amplio consenso social; por otra parte, se asienta en una concepción del gobierno político flexible y no apriorística y, sin perjuicio de combatir en todos los frentes las iniquidades sociales, no recurre a la promesa de un futuro paradisíaco con el fin de obtener respaldo para sus ideas. Simplemente, cree en la posibilidad de una sociedad más justa y lucha por ella.

Dicho esto, tengo conciencia de que las precedentes reflexiones difícilmente podrían conservar sorpresas. Pero, a partir de este zócalo de ideas más o menos compartidas, es mi intención enunciar algunas tesis quizá no tan banales (y seguramente mucho más discutibles).

II. ANACRÓNICOS, PROTO-MODERNOS Y MODERNOS

Advertencia preliminar: las tesis antes mencionadas no atañen a la izquierda anacrónica, sino a la que ha llamado “moderna”. Plantearé

desarrollados (digamos, Estados Unidos y Japón) habrían logrado definir ya —y estarían imponiendo a nivel mundial— un “modelo de salida” lo suficientemente avanzado como para cuestionar la tesis generalizante sobre la persistencia de una “profunda crisis económica internacional”.

en primer lugar que la izquierda moderna carece de la homogeneidad que su denominación parece darle. Es más: creo que, en la actualidad, las principales diferencias pertinentes y, por lo tanto, los debates que marcan las fronteras decisivas no pasan entre la izquierda anacrónica y la izquierda moderna globalmente considerada. Esos debates tienen lugar en el interior de esta última y sólo indirectamente involucran a la primera. Pero para explicar este punto hace falta una rápida incursión en la historia reciente.

Lo que llamé, en términos muy amplios, "izquierda moderna" surgió en la forma de una revisión brutal y casi exclusivamente crítica de convicciones que la realidad había ido desmintiendo sistemáticamente, sobre todo a partir de los setenta: la vigencia teórica y política del marxismo-leninismo, el carácter progresista de los regímenes del Este, la concepción instrumentalista de la democracia, el centralismo "democrático" de las organizaciones proletarias, el economicismo como teoría y como práctica. Esos cuestionamientos florecieron al calor de fenómenos políticos y sociales que les otorgaban una a menudo contundente confirmación. A nivel mundial, el primer gran alerta posterior a los acontecimientos de Hungría en 1956 fue la invasión soviética a Checoslovaquia, casi contemporánea del mayo '68 francés; después, y en varias ocasiones, el sofocamiento violento de la resistencia obrera de Polonia: durante los setenta, el Gulag, el cuestionamiento de la Revolución Cultural China y del maoísmo, la invasión y virtual anexión de Campuchea por parte de Vietnam, sin olvidar las atrocidades del Khmer rojo, reveladas también en esos años. Por entonces, la izquierda latinoamericana, ya sacudida por la derrota y muerte del Che Guevara en Bolivia, debía afrontar, desde comienzos de los setenta trágicas experiencias: la de Chile en 1973, con el derrocamiento violento de la Unidad Popular y la instalación del régimen de Augusto Pinochet; en los años siguientes, la del aniquilamiento de los diversos grupos guerrilleros de extrema izquierda que habían surgido hacia mediados y fines de los setenta en Brasil, Uruguay y Argentina y la implantación de crueles dictaduras militares en estos dos últimos países. Duras decepciones que, promediando la década, y aun antes, dieron lugar a un profundo autoexamen crítico por parte de la mayoría de los militantes y organizadores de izquierda latinoamericanas.

Quiero referirme a esos procesos de autocritica en las izquierdas de ambos continentes, ya que a través de ellos se fue configurando la izquierda moderna o, mejor, una primera versión de esa izquierda —a la cual, usufructuando las ventajas de la retrospectiva, llamaré "proto-moderna"⁵. Ludolfo Paramio ha hecho un certero análisis de la génesis y posterior decadencia de esa izquierda en Europa, y en

5. Las denominaciones "anacrónicos", "proto-moderno" y "moderno" no tienen, ni quieren tener, otro dominio de validez que el de este artículo.

la particular en España, Francia e Italia durante los años setenta (Paramio, 1985 y 1987). Su expresión más visible, aunque no única fue sin duda el fenómeno eurocomunista. El eurocomunismo surgió como una innovación de los PC latinos, aleccionados por las crudas realidades que exhibía el Este y la necesidad de secularizar —aunque tardíamente una línea política que se tornaba cada vez menos verosímil en Occidente. La evaluación del fracaso de la Unidad Popular en Chile, junto a la urgencia de ofrecer una respuesta quizá menos ortodoxa pero más eficaz a la crisis económica contribuyeron también poderosamente a la emergencia de la opción eurocomunista, que despertó simpatías innegables en el conjunto de la izquierda (latina o no) y pudo ser temporariamente percibida como la prueba en acto de la posibilidad de una tercera vía que eludiera a la vez los peligros del stalinismo y las claudicaciones de la socialdemocracia.

El hecho fue que esa ilusión no duró mucho tiempo. Paramio señala que la explicación de la decadencia del eurocomunismo se encuentra en la índole misma del proyecto que encarnaba y que suponía conciliar una política reformista con una óptica global que no renunciaba a identificarse como revolucionaria —siquiera fuese a largo plazo. En cuanto a los partidos socialistas y socialdemócratas, hegemónicos desde hacía tiempo en los países escandinavos y más recientemente también en el sur de Europa (Grecia, España, Portugal, Francia), lograron sobrevivir con menos traumas al colapso consecutivo a la *debacle* política e ideológica de los '70. No lograron en cambio evitar una grave crisis de identidad cuyas secuelas perduran hasta hoy. "La clave de esta crisis de identidad —escribe Paramio— es la pérdida de una imagen de lo que puede ser una sociedad socialista y de cómo avanzar hacia ella" (1985:27). Volveré sobre este último punto.

En cuanto a América Latina, el examen crítico de la izquierda fue más desordenado y heterogéneo. Sin embargo, en la mayoría de los casos la conclusión fue una decidida revalorización de la democracia como régimen político y una crítica enérgica de las estrategias guerrilleras, crítica que, por primera vez, no se limitó a señalar la inviabilidad práctica de esas estrategias, sino que las condenó, incluso éticamente, tanto en sus métodos como en sus objetivos.

Pero lo que quería enfatizar ahora es que, al principio como un simple matiz de las posiciones de la izquierda proto-moderna, comenzó a dibujarse en el interior de dicha izquierda, tanto en Europa como en América Latina, una suerte de diferenciación interna que poco a poco fue cobrando entidad y, con el correr de los años ochenta, también identidad. ¿Cuáles eran —y son— los rasgos específicos de esta incipiente tendencia política y, en particular, qué la distingue de la izquierda proto-moderna? A esa pregunta trataré de responder en lo que sigue. Para introducir un principio de orden en esa respuesta, presentaré en párrafos separados los respectivos puntos de vista de

ambas izquierdas y dividiré su exposición en una serie de ejes temáticos básicos, a saber, la concepción de la política, la concepción de las relaciones entre Estado y sociedad, las tesis acerca de la crisis y de las políticas para superarla y, en fin, las tesis acerca de los sujetos juzgados "protagónicos" de los cambios sociohistóricos.

Así pues:

1. *En lo referente a la concepción política:*

La *izquierda anacrónica* se ha apoyado siempre sobre una concepción heroica, fundamentalista y trascendental de la política. Los sueños de que se alimenta remiten a las imágenes de la toma de la Bastilla y del Palacio de Invierno, de la Larga Marcha o del desembarco del Gramma. Los argumentos de su ideología consisten esencialmente en transformar esos sueños en leyes históricas científicamente garantizadas. De ahí el impermeable optimismo y la convicción casi religiosa de los militantes de esa izquierda. Aun hoy en día esa impermeabilidad que ningún fracaso puede quebrar y esa fe que nada, y menos aún las "apariencias" de la realidad presente, puede conmover siguen siendo la marca de fábrica de dicha corriente política ⁶.

La *izquierda proto-moderna* cuestiona sin duda el infantilismo y la miopía de esas posiciones. Más sensible al peso de los hechos, más dispuesta a reconocer las amonestaciones de la realidad y a rectificarse, corre saludablemente, en puntos importantes, las monótonas certezas de que se alimenta el discurso repetitivo de la izquierda anacrónica. En la brecha así abierta, otras maneras de interrogar la realidad social-histórica y situarse en ella encuentran ocasión de expresarse. Ocurre sin embargo que la izquierda proto-moderna no va mucho más allá de promover y alentar esa operación de apertura. Y no va mucho más allá porque, para ella, el problema principal, si no único, consiste en responder "bien" a las preguntas a las que la izquierda anacrónica responde "mal"; en mostrar que esta última no es "auténticamente" revolucionaria y que la verdadera revolución se hace de "otra" manera; en hacer ver las ventajas que acarrea ser flexible y abierto frente a las desventajas de ser inflexible y dogmático; y también, a riesgo de ser acusada de reformista, en los seguros réditos de la paciencia frente a los a menudo catastróficos resultados de la impaciencia.

De allí que comparta con la izquierda anacrónica ciertos supuestos básicos: el de la centralidad de la política (claro está, no necesariamente heroica ni petardista) como expresión superior del quehacer humano; el de la omnipotencia de una línea política

6. Un ejemplo que cabría llamar patético si no fuera también una muestra de ceguera (y de cobardía) ideológica lo ofrece el discurso obtusamente repetitivo del Partido Obrero.

“realmente” revolucionaria (lo que no significa cerrar los ojos a la realidad); el del carácter fundamentalmente contestatario, destructivo, de una justa política de izquierda (lo cual no quiere decir limitarse a proferir insultos contra el “enemigo”); en fin, el del protagonismo (no “mesiano”, pero, ojo, indiscutible) de una cierta categoría social: la clase obrera o, en versiones más dúctiles, los “trabajadores”.

Es por el contrario la crítica decidida a dichos supuestos lo que caracteriza a la *izquierda moderna en un sentido estricto*⁷. Esta última se define por ser:

a) teórica y prácticamente reformista. Ello significa no sólo que “opta” por una política gradual, legitimada y no violenta de transformaciones sociales, sino también que afirma que ese camino es en última instancia *el único* realmente eficaz a corto plazo⁸. Sostiene, para hablar con más precisión, que la antinomia “reforma” vs “revolución” plantea una falsa alternativa y sólo es defendible —naturalmente por los “revolucionarios”— al precio de asumir una concepción mágico-religiosa, instantaneísta y, en el fondo, autoritaria de los cambios históricos;

b) partidaria de una concepción no omnicompreensiva y menos aún omnipotente de la política. No sólo admite los derechos de quienes piensan que no todo es política, sino que comparte globalmente ese juicio. El hiperpoliticismo, la subordinación de todo (el trabajo, el tiempo de ocio, las costumbres, las preferencias y hasta las opciones sexuales) al imperativo de la política son para ella los cimientos sobre lo que se apoyan los diversos fanatismos y todas las formas de opresión totalitaria. Esa conciencia de los *límites de la política* explica su desconfianza respecto de los políticos profesionales que proclaman que sus objetivos son “la felicidad del pueblo y la grandeza nacional”. La izquierda moderna es, al respecto, menos ambiciosa, pero también más lúcida: sostiene que ningún gobierno ni sistema político, por progresistas que sean, puede “dar la felicidad” a nadie y que si algo como la felicidad existe, cada uno de nosotros ha de construirla a su medida. En cuanto a la “grandeza nacional”, digamos simplemente que prefiere evitar esas grandilocuencias verbales;

7. Añado acá por única vez la expresión “en sentido estricto” para evitar posibles confusiones con la izquierda proto-moderna. Esta última es, en mi opinión, una línea política transicional (en sentido teórico, no histórico) entre la izquierda anacrónica y la moderna.

8. El contexto de esta frase, y del artículo en su conjunto, no dejar lugar a ambigüedad alguna en cuanto a que la crítica hecha aquí de la idea de “revolución” no excluye la posibilidad —yo diría, al contrario: supone la necesidad— de una transformación radical de la sociedad, sobre todo si el objetivo es “eliminar las injusticias de todo tipo” (ver supra).

No veo la ventaja de mantener el término “revolución” para designar el *resultado* de dicha transformación pero, por supuesto, quien quiera utilizarlo con ese significado, puede.

c) por último, la izquierda moderna no cree en el carácter obligatoriamente "destructor" de una buena línea política de izquierda, ni en el protagonismo *a priori*, mesiánico o no, de ninguna categoría de actores. Pero estos dos puntos, por cierto fundamentales, serán abordados más adelante.

2. En lo referente a la concepción de las relaciones entre Estado y Sociedad:

La izquierda proto-moderna, pese a incluir en sus planteos niveles e instancias de participación ciudadana —y de ser menos hostil que la anacrónica a la idea de sustraer al Estado funciones excesivamente onerosas— continúa siendo partidaria de la concentración de las decisiones principales en el Estado. Sobre ese punto, permanece tributaria, como la izquierda anacrónica, de una concepción muy añeja, aun si aderezada de referencias a Lenin, a Keynes o a F. D. Roosevelt, del papel del Estado. La teoría clásica del Estado pensaba a este último como protector de los derechos y garante de la seguridad pública. La concepción del "Estado benefactor" es en ese sentido, una extensión y una profundización, impulsadas por el desarrollo de las ideas democráticas e igualitarias, de esa teoría clásica (Rosanvallon: 20-32). Así, se incrementan los derechos, que de sólo individuales pasan a ser también sociales, y se enriquece la noción de seguridad pública, lo que implica un aumento cuantitativo y cualitativo de las obligaciones y tareas del Estado. Gran parte de la izquierda europea y, salvadas las distancias, también los populismos latinoamericanos, basaron sus posiciones políticas, de manera explícita o implícita, sobre esta concepción providencial del Estado. No es un secreto que hoy en día dicha concepción ha entrado en crisis. La izquierda proto-moderna está lejos de ignorar este hecho, pero, asustada por el auge amenazante de las ideas liberales, e incapaz de imaginar una solución creativa a los atolladeros del Estado benefactor, vuelve a refugiarse, cuando las papas queman, en el estatismo tradicional de la izquierda anacrónica.

En cuanto a la *izquierda moderna*, sin negar la necesidad de la intervención estatal en un proceso de transformación,⁹ reivindica y promueve ante todo la esfera de lo *público* (entendida como instancia diferenciada del Estado y del Mercado) en el rol de depositaria de

9. Este papel del Estado es fundamental, sobre todo en países como los latinoamericanos —incluida la Argentina— caracterizados por graves desigualdades sociales así como por situaciones de extrema pobreza. En tales casos, el Estado debe intervenir activamente, destinando recursos, *que tiene el derecho de reclamar, vía fiscal, a otros* para paliar esas injusticias. Las "privatizaciones" que eventualmente fuera necesario hacer deben contribuir, junto con la eliminación de prebendas y subsidios para el parasitario capitalismo argentino, a *sanear* el Estado y no a revelarlo de las importantes tareas de justicia social que le caben (véase, sobre este punto, Portantiero, 1988).

las responsabilidades fundamentales. En vez de la concentración estatista de las decisiones económicas prefiere la promoción de instancias autogestionarias; en vez de la centralización planificada de las políticas sociales y culturales, opta por impulsar la autonomización regional y local de las iniciativas y las decisiones correspondientes, y, en general, allí donde es posible el ejercicio de la democracia directa, prefiere la democracia directa. Pero, así como despoja al Estado del "halo místico" que posee en la concepción de la izquierda anacrónica, también evita investir a la sociedad de cualquier sentido trascendente. Su objetivo es una sociedad de más en más autónoma, pero se hace cargo de que el logro de ese objetivo sólo podrá ser el resultado de un proceso difícil, contradictorio, sacudido por tendencias heterónomas nacidas a veces en la sociedad misma, que la empujarán a alienar su autonomía, ya en la esfera de lo privado, ya en la de lo estatal (lo que no significa que estas dos esferas sean intrínsecamente perversas y deban desaparecer).

Dicho esto, preciso es hacer constar una circunstancia que, sobre este punto al menos, pone a la izquierda moderna en una situación de desventaja con respecto a la izquierda anacrónica y a la proto-moderna. Me refiero al hecho de que, mientras que las dos primeras disponen, en virtud del modelo tradicional de sociedad socialista al que ambas adhieren, de una representación definida del futuro "deseado", no ocurre lo mismo, según vimos al comentar los aportes de Paramio, con la izquierda moderna. El proyecto de una sociedad progresivamente más autónoma y la eliminación, también progresiva, de las inequidades sociales aluden a rasgos formales, pero no a figuras claramente identificables de ese futuro: en primer lugar, porque es difícil mantener la idea de una sociedad concebida como absolutamente autónoma sin restablecer de algún modo — transfiriéndolo a la sociedad— ese "halo mágico" que, según vimos, la izquierda anacrónica confiere al Estado, en segundo porque la idea de *equidad*, en la medida en que no es asimilable a la de "igualdad", se presta a confusiones que no siempre es lícito atribuir al error ajeno. En ese sentido, se ha de reconocer que la crisis de los grandes paradigmas del socialismo clásico —crisis de la cual la izquierda moderna se hace cargo con más resolución que la proto-moderna y que es ignorada por la izquierda anacrónica— ha sumido parcialmente a la primera de ellas en lo que Rosanvallon llama una "*crisis de las representaciones del futuro*" (:35). Más adelante me referiré a algunas de las consecuencias de esa carencia.

3. En lo que se refiere a la política económico-social:

La izquierda proto-moderna, si por una parte reconoce la realidad de la actual crisis económica y los espinosos problemas que ella plantea, por otra adopta la actitud sistemática (y sintomática) de

sostener ante cualquier dificultad que, por poco que los poderes se lo propongan, existe siempre un método fácil y, por añadidura, inmediatamente favorable a las clases populares para superarla. Ello deriva del hecho de que, a pesar de su "aggiornamento" político e ideológico global, conserva en lo referente a la política económico-social lo esencial de las ideas y objetivos de la izquierda clásica —sobre todo cuando ésta asume posiciones de gobierno—, a saber, desarrollismo a nivel económico, redistribucionismo en el plano social e incremento del bienestar general, en particular, de los sectores desfavorecidos, a través de los servicios públicos. No menos clásicos son los medios que propone para alcanzar esos objetivos: (a) nacionalizaciones, (b) incremento de los ingresos públicos por vía fiscal y (c) planificación estatal como base del ordenamiento de la economía.

Ahora bien, curiosamente esas "nostalgias keynesianas" no se presentan nunca bajo la forma de un programa positivo de medidas concretas, con sus pasos previstos y sus respuestas planeadas a los obstáculos que, previsiblemente, deberá afrontar. Ellas funcionan más bien como un modelo global de referencia para el feliz ejercicio de la crítica a las políticas efectivamente adoptadas. Es entonces natural que se evite dar a ese modelo una figura definida, traducible en políticas efectivas. Como la anacrónica, la izquierda proto-moderna tiene, por sobre todo, vocación crítica. Este tema, al cual adjudico una importancia capital, será retomado más adelante.

En cuanto a la *izquierda moderna* sus propuestas parten de tomar en serio, aun en su nivel de generalidad y de abstracción, las propuestas de la izquierda proto-moderna, para mostrar —más allá de algún acuerdo parcial, por ejemplo, sobre la política fiscal— la inviabilidad de estas últimas y, a la vez, la necesidad de un enfoque diferente. En primer lugar, cuando, como es el caso en Argentina, se ha heredado un sector público tan sobredimensionado como ineficiente, las nacionalizaciones dejan de ser un medio apto para incrementar el bienestar colectivo. (En ese sentido la experiencia del gobierno socialista francés a comienzos de los '80 es suficientemente instructiva). De más está insistir en el hecho, ya señalado, que ello no significa limitarse a cantar loas a la libre iniciativa privada — aun si ciertas privatizaciones puedan revelarse necesarias. Significa, como dijimos antes, luchar también por restituir a la sociedad todo aquello que ésta ha alienado, sin necesidad, en la esfera estatal o en la del Mercado.

Por otra parte, siempre en la óptica de la izquierda moderna, en sociedades complejas y dependientes como la Argentina, la creencia en las virtudes del ordenamiento racional de la economía a partir de un gran centro planificador no es corroborada por los hechos. Como dice Jordi Borja, la tesis de un Plan nacional —viejo mito

de la cultura clásica de la izquierda— “se basaba en la existencia de un espacio económico nacional considerado estable y autónomo, y no es precisamente el caso de hoy” (Borja: 14-15). Pero ello no significa —repetimos— que para la izquierda moderna el Estado no deba cumplir básicas e irremplazables funciones económicas y sociales.

Cierto es, sin embargo, que en el caso de las sociedades latinoamericanas —y, como bien se sabe, la Argentina no constituye una excepción— y el enorme peso de la deuda externa y, en general, de la crisis económica impone durísimas restricciones a los proyectos de transformación. Dicho esto, allí donde, en razón de la crisis, se revele que no hay otro camino mejor que una política de ajuste y austeridad, la izquierda moderna se preocupa menos por demostrar la necesidad de llevar adelante tal política que por procurar que ella no afecte —o afecte lo menos posible y menos que a otros— a los sectores desfavorecidos. Pero también está convencida de que afirmar que dicha política es siempre el producto exclusivo del carácter antiobrero y reaccionario de los gobiernos constituye una actitud arbitraria y poco responsable.

4. En lo que se refiere a la definición de los actores sociales “protagónicos”

La *izquierda proto-moderna* reconoce y celebra la emergencia de los nuevos sujetos sociales y es raro que pierda ocasión de manifestar su apoyo a las banderas del feminismo, del movimiento homosexual o a las organizaciones por los derechos humanos. No obstante, al margen de esas justas y honrosas tomas de posición, dicha izquierda mantiene la convicción, heredada de la tradición socialista y, más concretamente, de la izquierda anacrónica, de que existe un sujeto privilegiado de la historia: la clase obrera o, en una versión menos rígida, los “trabajadores en general”.

Por el contrario, para la *izquierda moderna* ningún sector social tiene derechos innatos o adquiridos sobre el devenir histórico. Este punto de vista no la lleva a la fácil actitud de limitarse a tomar conocimiento de la “diseminación” de los sujetos sociales. Prefiere más bien abstenerse seriamente de posturas *a priori*: por eso mismo, no rechaza “de oficio” la tesis de que, en determinados países y en ciertas situaciones históricas, la dinámica de las transformaciones sociales que juzga positivas puede basarse principalmente en la acción de tal o cual sujeto colectivo —campesinos, mujeres, intelectuales, obreros, etc. Pero, de todos modos, se trata para ella de una cuestión empírica y no de una supuesta necesidad histórica. Desde su punto de vista, ningún actor social, individual o colectivo, tiene *per se* la propiedad privada del futuro.

III. LA RESPONSABILIDAD DE LA CRÍTICA

Las consideraciones precedentes dan razón —pero una razón que se anula a sí misma— a quienes detractan a la izquierda moderna “acusándola” de posibilista y de realista. Ambos adjetivos pueden perfectamente ser asumidos por la izquierda moderna, a condición de que se los despoje de los significados peyorativos y críticos que en el debate político conllevan. “Posibilista”, la izquierda moderna admite serlo, al tiempo que se pregunta por qué, para ser auténticamente izquierda, sería indispensable que propusiera para todo problema soluciones imposibles (Flisfisch: 27). En cuanto a la acusación de “realista”, si se respeta la condición estipulada, resulta claro que esa calificación es ampliamente redundante respecto de la anterior: en todo caso, ese realismo puede ser útil para denunciar la actitud irresponsable de quienes prometen soluciones mágicas o de quienes esconden su incapacidad o su negación “recalcitrante” a aceptar las transformaciones históricas más evidentes (y a hacerse cargo de ellas en el plano político) tras la reafirmación ampulosa y autocomplaciente de supuestas posiciones “revolucionarias”¹⁰.

Esta “modestia” de la izquierda moderna es indisociable de una concepción quizás también modesta, pero sin duda responsable, del compromiso político. Ello se expresa, ante todo, en la manera en que la izquierda moderna, y sus intelectuales, asumen la tarea, por cierto indispensable, de la crítica política. En tal sentido, uno de los síntomas más notorios de la alienación y la heteronomía de la izquierda anacrónica —y en buena medida de la proto-moderna— es su necesidad cada vez mayor de desconocimiento de las realidades económicas, sociales y políticas del mundo contemporáneo. El desconocimiento, en efecto, es altamente funcional para un cierto ejercicio, supuestamente radical, de la crítica. Por una parte, permite acusar sin las molestias que conlleva el probar la veracidad de las imputaciones que se hace y por otra —punto capital— permite, o bien no sentirse obligado a proponer nada, o bien proponer soluciones “definitivas” sin necesidad de justificarlas ni de demostrar su viabilidad. “Cambiar el sistema”, “transformar de raíz la economía”, “liberarnos de una vez por todas de la dependencia”; esos *ritornelli* son el pan cotidiano de las versiones planfletarias de la izquierda anacrónica y también a menudo de la izquierda proto-moderna.

La izquierda moderna, a diferencia de otras izquierdas —y derechas— supuestamente más radicales que ella, encara la labor crítica con seriedad y sentido de la responsabilidad. Ello tiene como consecuencia que sus cuestionamientos o, eventualmente, sus denuncias no sean una simple artimaña para sacar fáciles réditos políticos o para la tranquilizante práctica de la demagogia, sino una

ocasión de mostrar a sus adversarios —incluso a quienes ejercen el gobierno político— que hay otras medidas mejores que las adoptadas, que ellas son viables, aunque requieren audacia y afecten intereses, y, en fin, que el socialismo tiene, no sólo la imaginación y la competencia para proponerlas, sino también, llegado el caso, la resolución y la idoneidad para implementarlas con éxito.

Quisiera concluir este inventario de diferencias abordando un último tópico respecto del cual, en mi opinión, las diferencias entre la izquierda proto-moderna y la moderna alcanzan su punto máximo.

Según hemos visto, la izquierda proto-moderna se instala, como la anacrónica, en una casi exclusiva posición de contestación, esto es, se limita a cuestionar, con mayor o menor énfasis según los casos, "el estado de cosas existente"; en cuanto a los términos positivos de su planteamiento, tiende naturalmente a ubicarlos en el plano de la utopía —y no de políticas concretas para implementarlos.

La izquierda moderna, por su parte, sin renunciar a la denuncia del *statu quo* y de las inequidades que éste tolera o fomenta, se preocupa además por contraponer salidas viables, no sólo respecto de las situaciones de injusticia social conscientemente generadas o mantenidas por los sectores dominantes, sino también de aquellas surgidas de problemas, crisis parciales o globales, imprevistos, etc., no buscados por esos sectores, pero resultados indirectos de sus políticos. En otros términos: articulada a una cultura de contestación, la izquierda moderna plantea también una cultura positiva, de síntesis, una cultura de *gobierno* si se quiere, ligada a la adopción resuelta de una ética de la responsabilidad. Esta diferencia es fundamental, y conduce a una primera conclusión general: la izquierda proto-moderna, si bien constituye un progreso con respecto a la anacrónica, y quizás un paso necesario en el proceso de renovación de la izquierda en su conjunto, permanece en lo esencial prisionera de los preconceptos básicos de la izquierda anacrónica. Dicho más brevemente: *la izquierda proto-moderna está más cerca de la izquierda anacrónica que de la izquierda moderna.*

¿Valen las precedentes reflexiones para la izquierda argentina? Por mi parte, no veo nada que se oponga a una respuesta afirmativa a esa pregunta. En lo que hace a su línea política dominante los partidos de izquierda argentinos se reparten cómodamente entre lo que he llamado izquierda anacrónica (Partido Comunista, MAS y algunos otros, más bien grupusculares) e izquierda proto-moderna (partido Intransigente y Partido Socialista Popular). La izquierda anacrónica carece de peso real en la escena política —y está perdiendo el poco que tenía en la cultural. La proto-moderna tiene en cambio una presencia efectiva en ambas. Sin embargo, su predicamento tiene la extraña particularidad de verse constantemente amenazado... desde

dentro de ella misma. El caso del Partido Intransigente es en tal sentido ejemplar. Vislumbrado como un atractivo polo para el conjunto de la izquierda a comienzos de los '80, tuvo rápidamente que moderar sus eufóricas expectativas a raíz de sucesivos conflictos y deserciones internas. En la actualidad, el principal clivaje pasa por una línea dominante de corte nacional-populista que (vía el apoyo "de principio" al protagonismo obrero y popular) se apresta a respaldar con su voto al peronismo y una línea de izquierda doctrinariamente más radical y ortodoxa. Una y otra corrientes levantan valores caros a la izquierda proto-moderna. Que entren en conflicto puede ser el síntoma de una crisis de dicha izquierda.

En cuanto a la izquierda moderna, aparentemente su presencia es escasa y muy dispersa. Se manifiesta sobre todo —no exclusivamente— en grupos intelectuales y centros de actividad cultural (como el Club de Cultura Socialista) y en algunos sectores del Partido Socialista Democrático¹¹. También esta izquierda ha sido proclive a buscar acuerdos y a acordar apoyos —por ejemplo, al alfonsinismo durante los primeros años de su gestión. Pero, por otra parte, en lo que se refiere a los destinatarios de eventuales acuerdos futuros y, en particular, a los que cabe llamar interlocutores privilegiados de su discurso, la actitud de la izquierda moderna ha sido vacilante y poco imaginativa, exhibiendo los límites, ya señalados, que hacen a la parcial indefinición de su perspectiva de largo plazo. Es por eso, en mi opinión al menos, que la izquierda moderna ha tendido a designar como tales interlocutores privilegiados, si no exclusivos, a los sectores que juzgaba más "razonables" de la izquierda proto-moderna.

Esa política no ha sido siempre errónea, pero, por el hecho de no haber sido debidamente discutida y explicitada en sus alcances, ha provocado y provoca muchas confusiones. Entre otras cosas, tal política lleva a no otorgarle su debida importancia a un hecho capital que hace a la definición política de la izquierda moderna y que enunciaremos como nuestra segunda (y última) conclusión, a saber: *La izquierda moderna está más cerca del centro moderno que de la izquierda proto-moderna.* (En términos más directos, para la izquierda moderna Jesús Rodríguez es preferible a Guillermo Estévez Boero y José Luis Manzano a Oscar Alende)¹².

El lector se preguntará cuál ha sido el objetivo de estas reflexiones. Ante todo, tratar de mostrar la necesidad de que la mirada del socialismo moderno sea capaz de redefinir desde su propio punto

11. Ante todo y sobre todo en la juventud de dicho partido.

12. Preciso es señalar que, así expresada, la fórmula es clara, pero en el fondo errónea. Habría que decir, para ser más exactos, que, para la izquierda moderna, el llamado "centro" moderno está, en términos rigurosos, más a la izquierda que la "izquierda" proto-moderna.

de vista y sus categorías el campo político, de despojarlo de su fisonomía tradicional —y ubicarse ella misma en ese espacio así reconstituido. Sin temores ni falsos semblantes. De lo contrario, aceptaremos expectante, especularmente, la definición que los otros han ya dado de ese campo y de nuestra posición en él. ¿Será necesario insistir que esa redefinición —gracias a la cual la izquierda moderna podrá afirmar su legitimidad y su superioridad sobre los planteos de las izquierdas anacrónica y proto-moderna— no implica la negación, sino por el contrario la implantación efectiva del pluralismo en el seno de la izquierda?

Hay más. En un momento como el actual, en el que distintos sectores de la izquierda en su conjunto están abocados, no sólo teórica sino también prácticamente, a un examen crítico de sus puntos de partida, de sus posiciones y de sus objetivos, cobra mayor importancia que nunca esa afirmación del carácter inédito y eminentemente positivo de la emergencia en Argentina de una franja socialista democrática y efectivamente actualizada; de una izquierda con los ojos puestos en el futuro, pero también con los pies bien plantados en la realidad de hoy; de una izquierda con proyectos innovadores, pero sin ampulosas promesas de paraísos milenaristas; en fin, de una izquierda capaz de retomar y enraizar en las realidades del presente los valores fundamentales del socialismo histórico —única manera razonable de rescatarlos y de hacer valer su permanente vitalidad.

Junio de 1988.

BIBLIOGRAFIA

- Borja, Jordi: "La izquierda: experimentar nuevas formas, avanzar nuevas ideas", en *Leviatan*. II Epoca, Nº 18, Madrid, invierno 1984.
- Flisfisch, Angel: *La política como compromiso democrático*, Santiago de Chile, FLACSO, 1987.
- Paramio Ludolfo: "La izquierda europea ante la crisis: problemas de identidad", 1985, mimeo.
- Paramio Ludolfo: "Tras el diluvio. Un ensayo de posmarxismo", en *Leviatan*, II Epoca, Nº 29/30, Madrid, otoño-invierno 1987.
- Portantiero, Juan Carlos: "El socialismo y el tema del Estado", en *La Ciudad Futura*, Nº 11, Buenos Aires, junio de 1988.
- Rosanvallon, Pierre: *La crisis de l'Etat-providence*, París, Seuil, 1981.

**CENTRO
DE DOCUMENTACION
Y ESTUDIOS**
casilla de correo 2558
fax n- 213-246